

A black and white portrait of a man with a serious expression, wearing a brown tweed jacket, a white shirt, and a dark striped tie. The image is partially obscured by text overlays. The word 'BORGES:' is in a dark box at the top. 'EN LAS' is in a dark oval in the middle. 'MÁRGENES DE LA FILOSOFÍA' is in a dark box at the bottom. The author's name and affiliation are in the bottom right corner.

**BORGES:**

**EN LAS**

**MÁRGENES  
DE LA FILOSOFÍA**

**MARIA CAMILA GALVIS HENAO**

Estudiante de Maestría en Literatura  
Universidad Tecnológica de Pereira

Quien busque certezas que no lea a Jorge Luis Borges. En sus páginas ningún pensamiento que requiera la complacencia de una confirmación se sentirá cómodo. Todo lo contrario, cada una de sus ideas, articuladas en el vaivén de un laberinto infinito, es causa de perplejidad. “Un laberinto tiene como fin confundir a los hombres”, dice Marco Flaminio Rufo en “El inmortal”. Su literatura no es la excepción. Entre caminos que nacen de una misma ruta y luego se bifurcan *ad infinitum*, el lector incauto que busque una posible salida no hallará ninguna. No lo hará porque no existe. En el universo borgeano lo singular es fuente de pluralidad, pretexto de una multiplicidad inagotable. Cada salida es la entrada a nuevos y diversos senderos. Susplicacia y paciencia parecen pues elementos igualmente necesarios para su comprensión. Perderse, detenerse y recomenzar es, quizá, el desafío más grande que nos propone. En medio de una cultura que elogia la economía del pensamiento, entendiendo por símbolos de valor la facilidad y rapidez; su llamado es a bajar la velocidad, reconsiderar las cosas cuanto sea necesario. Leer sin prisa, a la manera de Nietzsche, para encontrar indicios, al estilo de Sherlock Holmes. Indicios que, en todo caso, jamás conducen a un punto final. Las propuestas borgeanas no poseen el sentido de palabra última. Esto explica la necesidad latente del autor por corregir sus textos incontables veces. Al asumirlos siempre borradores, se aseguraba de volver a ellos y leerlos con la severidad de un crítico que no se permite pasar de largo ningún detalle. Sabía bien que palabras, signos e ideas finales son el reflejo de un entendimiento estático, clausurado por falta de actividad.

Justamente en ello radica el carácter filosófico de su literatura: moviliza el pensamiento mediante la duda, sospecha e inquietud. Ficción que filosofa o filosofía que ficciona da igual el nombre que le demos. Ninguna categoría puede encerrar el sentido de una apuesta estética que huye a los límites y dialoga con la alteridad que se sabe siempre otra. Es una invitación a mirar la vida con ojos de infante, para cuestionar con sutil agudeza todo lo considerado incuestionable por tener un supuesto carácter de obviedad. Lo obvio es ceguera selectiva, no vemos más allá de lo que queremos ver. Donde todos dicen costumbre, Borges grita asombro. Bien dijo Aristóteles que los hombres comienzan siempre a filosofar impulsados por la admiración, ya sea de fenómenos simples, comunes; o complejos, *v.gr.*, las leyes del cosmos. Asombrarse y filosofar: dos caras de la misma moneda. La estupefacción propia del asombro es la manera en que se nos revela el carácter enigmático y atractivo de la vida, en el cual la filosofía siempre ha intentado penetrar. Quien se admira o asombra ante algo, reconoce su ignorancia. Condición necesaria para que se configure una apertura al conocimiento. No otro sentido posee el famoso *no saber* socrático. Solo lo desconocido nos insta a comprenderlo. Creer conocer algo en su totalidad cierra las puertas del descubrimiento. Además de ser una creencia a todas luces indefendible, ya hace tres siglos Kant concluyó en su *Crítica de la razón pura*, la imposibilidad del entendimiento para captar la realidad objetiva e invariante del fenómeno. ¡Como si existiera tal realidad suprasensible! Yendo un paso más adelante, hemos de asistir con Nietzsche al ocaso de la verdad, no hay hechos sino



interpretaciones. Vale lo mismo decir: no hay sustancias sino apariencias. El registro de una percepción unívoca se rompe ante la dispersión interpretativa, ante la iniquidad de la unidimensionalidad expositiva. Propiamente, la ficción cumple con una tarea considerable: nutrir la pluralidad de rumbos y explicaciones de todos los mundos posibles.

Conclusión a la cual nos conduce Borges en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, relato que despliega claramente el talante filosófico de su propuesta, irreductible a la alusión de algunos nombres y conceptos de la historia de la filosofía. Allí narra la existencia de Tlön, planeta regido por leyes idealistas. “Ser es ser percibido”, sentenció Berkeley en su momento. Premisa que cobra total sentido en este lugar. No hay realidad alguna que trascienda a la mente tlonista, todo se resume en la percepción de cada individuo. Abocados en un solipsismo absoluto, las ideas platónicas, guardando las debidas proporciones, tan solo cambian de morada. Ya no es necesario un mundo ultraterreno, toda vez que con San Agustín (paradójicamente buscando a Dios) fue descubierto el ámbito de la interioridad. Es el alma o la mente, el espacio requerido para albergar las ideas que se tienen del mundo, el cual solo puede ser afirmado en tanto percepción subjetiva. No es el perro que está a mi lado, sino la idea que me hago de él, la única certeza de la que me puedo valer. Un mundo edificado sobre ideas niega todo componente material. Las consecuencias de este inmaterialismo son, tal cual sucede con cualquier postura radical, complejas y paradójicas. Cuestiones que pasan de largo en el relato borgeano. Algo totalmente aceptable tratándose de una construcción ficcional que representa ciertas premisas filosóficas para desplegar un pensamiento inquieto ante relatos fundacionales. No es el idealismo en su conjunto sino la crítica a la metafísica que de él se despliega lo que convoca al escritor argentino. Si aceptamos que todo es percepción individual, nos adentramos en un terreno nominalista, el mismo de “Funes el memorioso”, donde ninguna idea universal tiene cabida. La relatividad de las percepciones no permite la construcción de un saber objetivo, universalmente válido. Por la vía de la sensibilidad no hay permanencia alguna a la cual se pueda acudir en cualquier momento para ser aprehendida. Fue por ello que Platón confirió a los sentidos el estatuto de enemigos de la verdad. Los fenómenos son mutables, inestables; devienen siempre otros. Sin presencia no queda más que apariencia pura. Esto lleva a Borges a plantear una de sus citas célebres: “la metafísica es una rama de la literatura fantástica”. Solo en la fantasía, en los sueños o desvaríos de la razón, la multiplicidad y variedad mundana es traducible en una epistemología unívoca, estática, incondicionada. Por su parte, la experiencia demuestra que el mundo es la construcción que cada uno hace de él. Inmerso en una tradición cimentada en taxonomías, Borges se acoge a las posibilidades de una época posmetafísica y señala la hermenéutica propia de su quehacer literario como un camino menos estrecho para conducir las rutas por las cuales ha de naufragar todo pensamiento que se sabe a la deriva. En el rechazo a los discursos categóricos se evidencia su filosofar en las márgenes de lo establecido.

No obstante, asumir que en Borges se halla un explícito sentido filosófico es una herejía para los guardianes de la Filosofía. Esquizofrenia comprensible si se tiene en cuenta que ocupados en buscar respuestas olvidaron quién hacía las preguntas. Negar la subjetividad de toda empresa humana es querer tapan el sol con un dedo. La filosofía no escapa a esta realidad. Las formas de filosofar son directamente proporcionales a la cantidad de individuos que hay en el mundo. Entre pretensiones científicistas, establecer un método exacto para hacer filosofía es, probablemente, el mayor exabrupto. La corroboración de este despropósito hizo que Husserl, a pesar de sus intereses, entendiera el fracaso de erigir la filosofía en ciencia rigurosa. Siglos de expresiones filosóficas diversas niegan la utopía de una razón omnicomprensiva. En “Pierre Menard, autor del Quijote”, apunta Borges: “una doctrina filosófica es al principio una descripción verosímil del universo; giran los años y es un mero capítulo —cuando no un párrafo o un nombre— de la historia de la filosofía”. De hecho, el autor de *El Aleph*, heresiarca o no, representa la cara más humana de un saber que al encerrarse en los confines de la academia, sacraliza su potencial racional y envilece su procedencia emocional. Sacralización que, entre otras cosas, nos dejó la experiencia de la guillotina. En la Francia revolucionaria y “librepensante”, cuna de ilustres filósofos, la cuchilla afilada hizo rodar las cabezas de todos los individuos que en el uso pleno de su voluntad no se sometieron a la tiranía de una razón subyugada a las pasiones más viles y rastreras de la condición humana. Del amor a la razón nació el odio a quien osara pensar. Paradoja representativa de la ambigüedad que encarna la historia de la humanidad, guiada por las emociones que los idólatras de la razón en su afán adoctrinador deliran anular.

Originalmente, la filosofía es amor a la sabiduría, definición que va más allá de un análisis etimológico. Amantes de la sabiduría fueron aquellos hombres admirados por la sublimidad del cosmos, quienes penetraron en su comprensión, sin más justificación que encontrar en esto un sentido vital. De ellos estaba bastante lejana la idea de filosofía en términos de un ejercicio de erudición, basado en construir y refutar sistemas en los que se intenta contener el mundo. El afán sistemático y metafísico se impone con el paso avasallador de una razón instrumental que todo lo intenta comprender para dominar. Algo que, por demás, surge de la posibilidad de escribir una vez y



para siempre determinada lectura del mundo. La escritura eterniza la palabra proveniente de cierta lucidez fugaz. Ingenuo es olvidar la fugacidad de la que nace todo pensamiento; el cual solo es eterno en su pasividad, cuando convertido en ideología, se limita a reafirmar los resultados de operaciones mentales aparentemente categóricas. Por su parte, el pensamiento activo no puede desligarse de un escepticismo primario. Pensar es propiamente repensar. Poner en cuestión, deconstruir ideas, conceptos, doctrinas; hallar sus fundamentos y someterlos a crítica. Proceso del cual nadie sale indemne, del mismo modo que no lo hace quien lee a Borges.

En él, literatura y filosofía son sustantivos que se conjugan con los mismos verbos: pensar, imaginar, recrear. El cuestionamiento de problemas que la tradición filosófica occidental da por resueltos es la más clara muestra de ello. Infinitud, azar, inmortalidad, lenguaje, metafísica, causalidad; temas recurrentes en su obra. Lejos de juzgarlos de manera absoluta, al asumir en la literatura su modo de expresión, amplía las rutas interpretativas, erige nuevas opciones, crea mundos plurales, irreductibles en una definición. Pluralidad cosmopolita. En sus escritos nos encontramos con la universalidad propia de un enciclopedista. Pasar horas enteras en alguna biblioteca de Buenos Aires, leyendo la Enciclopedia Británica, le confirió la oportunidad de plantear sus ideas de manera intertextual y transversal. Parafraseando a Bernardo de Chartres, a hombros de gigantes se sitúa la literatura borgeana. Es un hipertexto, una biblioteca total a pequeña escala. Heráclito, Platón, Berkeley, Schopenhauer; Homero, Shakespeare, Whitman, Unamuno; espacio, tiempo, número, son algunas de las referencias a las que acude para expresar sus propuestas estéticas, filosóficas, históricas, lingüísticas. El

escritor argentino es la renovada voz de la tradición con la que dialoga en sus lecturas. Haciendo evidente así lo propuesto en el *Eclesiastés*: “nada nuevo hay bajo el sol”. A modo de palimpsesto, su obra es un acercamiento a la riqueza cultural de Occidente y Oriente. No hay que creer por tanto que se trata de una cuestión mimética, de ninguna manera. No copia lo ya dicho, se apropia de muchos pensamientos: los comprende, inquiera, ahonda en sus vacíos y matices. Profundiza hasta rincones impensados el saber del cual es heredero. Una vez asido a su ser, lo transforma en arte. Su autenticidad radica en la palabra precisa, en los juegos de una imaginación que tiene la capacidad de decir lo que otros dijeron, de una manera en que nadie lo dijo. En términos de Martha Nussbaum, diríamos que huye del estilo plano, carente de asombro y sorpresa, propio de la prosa filosófica, el cual es incapaz de abarcar en su totalidad el misterio, la complejidad y belleza





del mundo. Borges hace de la cultura de sus ancestros y contemporáneos un poema. Entre versos elaborados con la técnica propia de un erudito, compone obras a las que probablemente un lector ávido de belleza e ideas que confronten sus prejuicios, deseará volver.

Leer su obra es doblemente significativo: place el alma y nutre el espíritu. Este es el resultado de una sensibilidad que encuentra en la sesgada historia de la filosofía, variedad de expresiones estéticas que dotan de sentidos la existencia. Sin proponérselo expresamente, Borges reivindica el carácter estético de la filosofía, acerca del cual Nietzsche tanto llamó la atención. El discurso filosófico es apolíneo, intenta ordenar el caos subyacente al mundo. La forma derivada de este orden es, esencialmente, una creación artística que nada tiene que ver con la utopía de una realidad sustantiva. Confundir esta *poiesis* con una verdad inexorable es el error en el que cae toda metafísica. Confusión que encuentra en la empresa borgeana una fuente literaria fecunda. De allí se deriva la pluralidad y amplitud que reclamamos, cada vez con mayor ahínco, los individuos modernos, en tanto declaración irrevocable de nuestro derecho a escapar de los límites que los sistemas nos imponen, en su intento de sometimiento absoluto de la individualidad.

Jorge Luis Borges, en fin, a treinta y cuatro años de su muerte no ha perdido actualidad. Su pensamiento ilumina la visión de quien actualiza su presencia por medio del tránsito de su obra. Yo misma he sido él cuando en un impulso anarquista anhelo la libertad que halla en el arte una auténtica morada; cuando me asombro ante las cosas que pasan inadvertidas a los otros, encontrado en ellas un renovado sentido vital. Cuando huyo del mundo exterior y me encierro en mi biblioteca para naufragar en sus letras, repitiendo el verso que signa indeleble mi existencia: “Siento el pavor de la belleza; ¿quién se atreverá a condenarme si esta gran luna de mi soledad me perdona?” Adentrándome así en un universo donde la belleza y el pensamiento me redimen de una realidad que coarta cada paso dado, señalándome los caminos por los cuales debería divagar. ■

## Referencias



- Aristóteles. (1998). *Metafísica*. Madrid, España: Gredos.
- Borges, J. L. (2007). *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Kant, I. (1967). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Nietzsche, F. (2008). *Fragmentos póstumos IV*. Madrid, España: Tecnos.
- Nussbaum, M. (1995). “Introducción: Forma y contenido, filosofía y literatura”. *Estudios de filosofía 11*, Universidad de Antioquia.